

Como un Contraмаestre hace sonar su silbato para que la tripulación a bordo de los buques acate sus órdenes, la alarma del móvil de Helen sonaba diligentemente todos los días a las siete de la mañana, anunciando el inicio de un nuevo día. Helen se incorporaba perezosamente de la cama y, a partir de ahí, todos sus movimientos eran pura rutina. Todo su cuerpo se había convertido en un eficiente mecanismo que operaba con la misma exactitud y competencia con la que lo haría un operario robotizado que tuviera como única función enfundar tapones a las botellas que fueran pasando por la cinta sin pausa y a la misma velocidad.

Helen observó su rostro en el espejo del baño, y lo que vio la espantó; unas bolsas grisáceas pendían como gotas de agua de sus ojos vidriosos, los cuales mostraban una mirada exhausta y carente de luminosidad. Varias manchas y marcas se habían mezclado con sus pecas y lunares, y sus labios aparecían apretados formando una única línea, haciéndola parecer al borde de la histeria. Intentó sonreír al reflejo maltrecho del espejo, y una mancha marrón terroso en el centro de su paleta izquierdo destacó en la mente pesimista de Helen, menospreciando lo que era, por lo demás, una dentadura nívea y recta. “Tengo que ir con urgencia al dentista”, se dijo a si misma Helen antes de desistir y comenzar su rutina matutina.

Desde las 07:10 hasta las 08:20, el cuerpo y la mente de Helen funcionaban a toda velocidad. En ese periodo de tiempo debía despertar, de forma amorosa y respetuosa, a sus tres hijos, Talia, Teo y Tino, de seis y tres años y cinco meses, respectivamente; prepararles el desayuno mientras ellos corrían y gimoteaban a su alrededor; sentarlos a la mesa, jugar con ellos a dos o tres juegos mientras engullían el contenido de sus platos; vestirles, lavarles los dientes, adecentarles el pelo, organizar sus mochilas para el colegio, preparar sus almuerzos saludables para la hora del recreo, lograr que se sentarán en su silla homologada correspondiente y atarles los cinturones del monovolumen carísimo que no podían permitirse, pero que su marido había insistido en comprar (si alguien se esta preguntando donde se encontraba el

susodicho marido en medio de todo este frenesí familiar, solo puedo decir que ni la misma Helen lo sabía, por lo que supongamos que, como las llamativas y verdosas hojas de la Costilla de Adán, decoraba el panorama matinal).

Como buena madre y esposa, Helen se despediría de ellos con un cálido beso desde la ventanilla del coche, y no se movería de la calle hasta que el coche desapareciera doblando la esquina, mientras su brazo se balanceaba de un lado a otro siguiendo un ritmo lento y perezoso, obviando sus faldas en pijama (unos leggins descosidos y una sudadera color berenjena llena de manchas de avena con leche del desayuno de sus hijos, sumándose un moño colgón con varios mechones de pelo agitándose, desordenados, por el viento invernal de principios de enero).

Para poder compaginar la crianza de sus hijos con su carrera profesional, Helen había decidido abandonar su antiguo despacho, y teletrabajar desde casa, de lunes a viernes, de 09:00 de la mañana a 14:00 de la tarde. El trabajo era tedioso y el salario una basura, pero le permitía pasar las tardes con sus tres ángeles y sentirse un miembro provechoso de la sociedad en general y de su familia en particular.

Esos treinta minutos que le quedaban a Helen desde que cerraba la puerta principal, sobre las 8:25, hasta que se sentaba en la mesa del comedor, rodeada de platos del desayuno sin lavar y dinosaurios en miniatura, a las 8:55, Helen aprovechaba para tomarse su café, ya frío, de pie frente al fregadero, coger un bote de 120 ml de una mochila azul marino con el logo del hospital en el centro, y extraerse leche materna de forma manual para entregarla cada dos semanas al hospital, que venía a recogerla a domicilio.

Mientras Helen se extraía la leche, y las gotas caían al pequeño recipiente, sumando su contenido al ritmo del esfuerzo de sus manos, la mente de Helen se serenaba, despojándola de cualquier pensamiento, concentraba en henchir el envase. En ese intervalo, todas las preocupaciones y sinsabores de la existencia de Helen pendían momentáneamente

congeladas en medio del fluir del Tiempo. Al terminar, cogía una etiqueta adhesiva y anotaba la fecha de extracción y los mililitros correspondientes, y procedía a guardar el bote en el congelador.

En su entorno pocos sabían o se llegaban a interesar por el hecho de que Helen donará leche materna para el hospital. Es más, ni ella misma valoraba ese esfuerzo y tiempo invertidos en aquella rutinaria tarea. Y cerrando la puerta del congelador con un gesto rápido, Helen se sentaba en la silla, encendía su vetusto ordenador con la pantalla llena de huellas de diminutos deditos e inicia su jornada laboral respondiendo e-mails con la mente perdida en su imaginación, soñando con una vida distinta.

La luz anaranjada del sol al atardecer se filtraba por los grandes ventanales de la habitación del hospital, cuando Oliver le puso a Tania a su bebe recién nacido entre sus brazos por primera vez. Habían pasado dos días desde que Tania diese a luz a Asia. El parto, que Tania esperaba desde hacía semanas con ansia y expectación, se había complicado. En su semana treinta y ocho de gestación, Tania había entrado en preclamsia, a riesgo de la vida de su bebe y de la suya propia. Con una cesárea de urgencias, los profesionales sanitarios ingresaron a Asia en Neonatos para que estuviera protegida en el calor de la incubadora, y Tania había pasado dos días en la UCI. Afortunadamente, tanto mama como bebe salieron ilesas de lo que se había convertido en un suceso trágico, y Oliver solo podía agradecer a Dios y al Universo entero de que las dos mujeres de su vida estuvieran a su lado y a salvo.

Esa tarde, cuando Tania pudo ver por fin a su bebe, la sensación que le congeló todo el cuerpo fue la del pánico. Todavía recuperándose e intentando interiorizar y asimilar todo lo que habían vivido como familia en las últimas setenta y dos horas, a Tania le asaltaron mil

dudas y miedos de golpe. Oliver y las dos matronas que se encontraban en ese momento en la habitación, debieron de percibir la angustia de la nueva mamá, pues con un tono dulce y articulado, la matrona más joven se acercó a Tania y la recolocó a Asia para que ambas pudieran mirarse por primera vez a los ojos. Asia clavó la mirada en la nueva figura que la sostenía, y el olor tan familiar que le inspiró su madre, provocó un gesto en su rostro de plena seguridad y confort. Tania respondió a ese pequeño gesto de igual manera, y en ese momento supo que no podría volver a separarse de su bebé nunca más.

- ¿Cómo la habéis alimentado en mi ausencia? – preguntó Tania súbitamente, sin apartar la mirada de Asia, y lanzado la pregunta al aire.
- Este hospital cuenta con leche materna que otras mamás han donado – respondió la matrona joven – gracias a ese recurso, Asia se está recuperando muy rápido.

En ese momento, Asia empezó a revolverse en los brazos inseguros de su madre y empezó a emitir leves sollozos. De forma instintiva, torcía la cabeza hacia el pecho de Tania, buscando el ansiado alimento. Tania se desabrochó un par de botones del camisón del hospital y le ofreció de forma torpe el pecho a su hija, la cual abrió la boca y movió la cabeza de forma espasmódica. La matrona agarró la cabeza de Asia en un gesto decidido y experto, obviando que había hecho ese mismo gesto en cantidad de ocasiones anteriores, y Asia pudo engancharse al pezón de su madre. Sin embargo, pasados unos segundos, Asia comenzó a sollozar de nuevo. Todo parecía indicar que del pecho de Tania no salía leche, o no la cantidad que Asia demandaba. Las lágrimas resbalaron por las mejillas de Tania al verse incapaz de satisfacer las demandas de la nueva vida que dependía enteramente de ella.

- No se preocupe – intervino, por primera vez, la matrona de más edad – como habéis estado separadas, todavía no te ha subido la leche, pero en cuestión de horas, y con ayuda de la succión de Asia, tus pechos se inflarán como dos globos, y tendrás a tu

bebe enganchado a ellos los próximos doce meses de tu vida – dicho lo cual, se dio la vuelta y desapareció, seguida de la matrona más joven.

Oliver se acercó lentamente a Tania y le dio un beso en la frente, sin saber muy bien que decir ni cómo actuar. A su vez, Tania miró a Asia, que se había quedado dormitando con la cabeza colgando ligeramente sobre su antebrazo, emitiendo pequeños espasmos del diafragma debido al llanto, y luego miró a Oliver. Por primera vez, cuando sus miradas se encontraron, a Tania le pareció ver a un completo extraño.